

mémonos de paciencia.» Cobré ánimo y volvíme á recrear con las alegres fantasías de mi imaginación, parte paseándome y parte sentándome en un delicioso cenador formado en el extremo del jardín. Llegó en fin la hora por mí tan deseada, es decir, las doce. Pocos instantes después se dejó ver la Ortiz, tan puntual como yo, pero menos impaciente.

— Sr. Gil Blas, me dijo al acercarse, ¿cuánto ha que está usted aquí?

— Dos horas, le respondí.

— En verdad, añadió ella riéndose, que es usted muy cumplido y da gusto darle citas para estas horas. Es cierto, prosiguió ya en tono serio, que eso y mucho más merece la dicha que le voy á anunciar. Mi ama quiere hablar á solas con usted y me ha mandado que le introduzca en su cuarto, en donde le espera: no tengo otra cosa que decirle; lo demás es un secreto que usted no debe saber sino de su propia boca. Sígame adonde le conduzca.

Y dicho esto, me cogió de la mano y ella misma me introdujo misteriosamente en el aposento del ama por una puerta falsa de que tenía la llave.

CAPÍTULO II

Cómo recibió Aurora á Gil Blas y la conversación que con él tuvo

Hallé á Aurora vestida de trapillo, lo que no me disgustó: saludéla con e mayor respeto y con la mejor gracia que me fué posible. Recibióme con semblante risueño; hízome sentar junto á sí, repugnándolo yo, y lo que más me agradó fué que mandó á su embajadora que se retirase á su cuarto y nos dejase solos. Después de este prelude, volviéndose hacia mí, me dijo:

— Gil Blas, ya habrás advertido que te miro con buenos ojos y te distingo entre todos los criados de mi padre: cuando eso no fuese bastante para hacerte conocer la particularidad con que te estimo, juzgo que no te dejaré dudarlo este paso que ahora doy.

No le dí tiempo para que hablase más. Parecióme que como hombre discreto debía respetar su pudor y no darle lugar á mayor explicación. Levantéme enajenado, y arrojándome á sus pies como un héroe de teatro que se arroja ante su princesa, exclamé en tono declamatorio:

— ¡Ah, señora! ¿Me habré engañado?, ¿se dirigen á mí vuestras palabras?, ¿será posible que Gil Blas, juguete hasta aquí de la fortuna y el desecho de toda la naturaleza, sea tan venturoso que haya podido inspiraros afectos?..

— Baja un poco la voz, me dijo sonriéndose mi ama, por no despertar á las criadas que duermen en el cuarto vecino. Levántate, vuelve á sentarte, y escúchame hasta que acabe sin interrumpirme. Sí, Gil Blas, prosiguió volviendo á su afable serenidad: es cierto que te estimo, y en prueba de ello voy á fiarte un secreto del cual pende el sosiego de mi vida. Sabe que amo á un caballero mozo, galán, airoso y de ilustre nacimiento, llamado don Luis Pacheco. Le

veo algunas veces en el paseo y en la comedia; pero nunca le he hablado. Ignoro su carácter y también cuáles son sus prendas, si buenas ó malas. Esto quisiera saberlo puntualmente, para lo cual necesito de un hombre sagaz y sincero, que informándose bien de sus costumbres sepa darme cuenta fiel de ellas. He puesto los ojos en ti con preferencia á los demás criados, persuadida de que nada arriesgo en darte este encargo. Espero que le desempeñarás con tanto sigilo y cautela, que nunca tendré motivo para arrepentirme de haberte escogido por depositario de mi más íntima confianza.

Calló mi señorita para oír mi respuesta. Al principio me turbé algún tanto, conociendo mi necio engaño; pero volviendo prontamente en mí y venciendo la vergüenza que causa siempre la temeridad cuando sale con desgracia, supe mostrarle un celo tan vivo y un ardor tan grande en todo lo que fuese servirla y complacerla, que si no alcanzó para desimpresionarla del mal concepto que pudo haberle hecho formar mi atrevida presunción, bastaría por lo menos para que conociese que yo sabía enmendar muy bien una necesidad. Pedíle no más que dos días de tiempo para poderle dar razón puntual de don Luis, los que me concedió; y llamando ella misma á la Ortiz, ésta me volvió á conducir al jardín, diciéndome con cierto aire burlón al despedirse:

— Buenas noches, Gil Blas; no te volveré á encargar otra vez que no dejes de acudir temprano al sitio de la cita, porque ya está vista tu puntualidad.

Volvíme á mi cuarto, no sin algún pesar de ver frustrado mi pensamiento. Con todo eso, tuve bastante juicio para consolarme y conocer que me tenía más cuenta ser el confidente que el amante de mi ama. Ofrecióseme también que esto podía hacerme hombre, pues los medianeros de amor eran regularmente bien recompensados por su trabajo, reflexiones que me divertieron y consolaron, y fuíme á acostar con firme resolución de obedecer y servir á mi ama en cuanto exigiese de mí. Levantéme al día siguiente y salí de casa á desempeñar mi encargo. No era difícil saber dónde vivía un caballero tan conocido como don Luis. Tomé al instante informes de él en la vecindad; pero los sujetos á quienes me dirigí no pudieron satisfacer del todo mi curiosidad. Esto me obligó á hacer nuevas averiguaciones el día siguiente, y fuí más afortunado que el anterior. Encontré casualmente en la calle á un mozo á quien yo conocía; detuvímonos á hablar, y en aquel punto se llegó á él uno de sus amigos y le dijo que le habían despedido de casa de don José Pacheco, padre de don Luis, por haberle acusado de que se había bebido un barril de vino. No perdí ocasión tan oportuna para saber cuanto deseaba, lo que conseguí á fuerza de preguntas; de manera que volví á casa muy contento

porque ya podía cumplir la palabra que había dado á mi señorita, con quien había quedado de acuerdo que volvería á verla en el mismo sitio y de la misma manera que la noche antecedente. No estuve en esta tan inquieto como la primera: lejos de impacientarme con las prolijas relaciones de mi amo, yo mismo le saqué la conversación de sus combates. Esperé á que fuera media noche con la mayor tranquilidad del mundo, y no me moví hasta que conté bien las doce de todos los relojes que se podían oír desde casa. Entonces bajé con mucho sosiego al jardín, sin pensar en perfumes ni en pomadas, pues hasta en esto me corregí.

Encontré ya á la fiel dueña en el sitio mismo, y la taimada me dijo con algo de socarronería:

— En verdad, Gil Blas, que hoy has rebajado mucho tu puntualidad.

No le respondí palabra, fingiendo que no la oía, y ella me condujo al cuarto donde Aurora me estaba esperando. Preguntóme luego que me vió si me había informado bien acerca de don Luis y si había averiguado muchas cosas.

— Sí, señora, le respondí; tengo con qué satisfacer vuestra curiosidad. En primer lugar os diré que muy en breve marcha á Salamanca á concluir sus estudios. Según lo que me han dicho, es un señorito lleno de honor y de probidad; y en cuanto al valor, no le puede faltar, pues es caballero y castellano. Fuera de eso, es mozo entendido y de bellos modales; pero lo que quizá os dará poco gusto, y que sin embargo no puedo menos de deciros, es que vive algo demasiado á la moda de los señoritos modernos, quiero decir, que es grandísimo libertino. ¿Creerá usted que, siendo tan joven como es, ha tenido ya amistad con dos comediantas?

— ¿Qué es lo que me dices?, exclamó Aurora. ¡Dios mío, y qué costumbres! Pero dime, Gil Blas, ¿estás bien cierto de que tiene una vida tan licenciosa?

— ¿Cómo si estoy cierto?, le respondí: no hay cosa más segura. Todo me lo ha contado un criado de su casa, que fué despedido de ella esta mañana; y ya se sabe que los criados son muy veraces siempre que se trata de publicar los defectos de sus amos. Fuera de eso, el tal don Luis es muy amigo de don Alejo Seguíer, de don Antonio Centelles y de don Fernando de Gamboa, prueba concluyente de su disolución.

— Basta, Gil Blas, dijo suspirando mi pobre señorita: en fuerza de tu informe comienzo desde ahora á combatir mi indigno amor. Aunque había echado ya profundas raíces en mi corazón, no desconfío de arrancarle de él. Vete, prosiguió, y admite en premio de tu trabajo esta corta demostración de mi agradecimiento.

Al decir esto, me puso en la mano un bolsillo que ciertamente no estaba vacío, añadiendo:

— Sólo te encargo que guardes bien el secreto que he confiado á tu silencio.

Asegúrele que en este particular podía vivir sin el menor recelo, porque yo era el Harpócrates de los criados confidentes. Dicho esto, me retiré impacientísimo por saber lo que contenía el bolsillo. Abríle y hallé en él veinte doblones. Luego se me ofreció que sin duda habría sido Aurora más liberal conmigo, si yo le hubiera dado otra noticia más agradable, cuando pagaba con tanta generosidad una que le había causado tanto disgusto. Me pesó de no haber imitado á los escribanos y alguaciles, que disfrazan á veces la verdad, y me enfadé mucho contra mi tontería por haber sofocado en su nacimiento un amor que con el tiempo podía producirme grandísimas utilidades si yo no hubiera hecho un necio alarde de ser sincero; pero al fin me consolé con los veinte doblones, que me recompensaban ventajosamente de lo que había gastado tan sin venir al caso en pomadas y perfumes.

CAPITULO III

De la gran mutación que sobrevino en casa de don Vicente, y de la extraña determinación que el amor hizo tomar á la bella Aurora

Poco después de esta aventura se sintió malo don Vicente. Sobre ser de edad bastante avanzada, los síntomas de la enfermedad eran tan violentos, que desde luego se temieron funestas resultas. Llamóse á los dos más famosos médicos de Madrid: uno era el doctor Andrés y el otro el doctor Oquetos. Pulsaron atentamente al doliente, y después de una exacta observación, convinieron entrambos en que los humores estaban en una preternatural fermentación y movimiento. En solo esto fueron de un parecer, y estuvieron discordes en todo lo demás. El uno quería que se purgara al enfermo aquel mismo día, y el otro opinaba que la purga se dilatase. El doctor Andrés decía que por lo mismo que los humores estaban en violenta agitación de flujo y reflujo, se les había de expeler, aunque crudos, con purgantes, antes que se fijasen en alguna parte noble y principal. Oquetos opinaba, por el contrario, que estando todavía incoctos y crudos los humores, se debía esperar á que madurasen antes de recurrir á los purgantes.

— Pero ese método, replicaba el otro, es directamente opuesto al que nos enseña el príncipe de la medicina: Hipócrates advierte que se debe purgar al principio de la enfermedad y desde los primeros días de la más ardiente calentura, diciendo en términos expresos que se ha de acudir prontamente con la purga cuando los humores están en *orgasmo*, es decir, en su mayor agitación.

— ¡Oh!, en eso está vuestra equivocación, repuso Oquetos: Hipócrates no entiende por la voz *orgasmo* la agitación violenta, sino más bien la madurez de los humores.